

La Historia Militar del Levante español en la Edad Antigua

Juan José Seguí Marco (*)

Hacer una panorámica de la Historia Antigua de lo que ahora es la región militar de Levante, no es una tarea fácil. Historiar mil años —a *grosso modo* entre el 500 a.C. y el 500 d.C.— encierra gran dificultad, no sólo por la dilatación cronológica, sino también por la diversidad del territorio y por la propia naturaleza de nuestras fuentes de conocimiento, que no siempre son completas, y nos dejan en muchas ocasiones con lagunas informativas de difícil relleno.

El territorio de la Comunidad Valenciana y de lo que era históricamente la Región Murciana, presenta cultural e históricamente en la Antigüedad dos etapas muy diferenciadas. De una parte, la etapa prerromana, que alcanza su momento culminante con la cultura ibérica, heredera tanto de los pueblos peninsulares que la precedieron —neolíticos, eneolíticos, gentes del bronce— como de las aportaciones colonizadoras —fenicios y griegos, aunque también podríamos hablar, si bien indirectamente, de los etruscos— que se asentaron en sus costas. De otra, la etapa romana, un período calificado por Sánchez-Albornoz de «fecundo» para la Península Ibérica, y trascendental también para el territorio que nos ocupa.

Con relación a la primera, hemos de decir que aunque el mundo ibérico levantino presenta un perfil cultural en superficie bastante uniforme y sólido (lenguas, alfabetos, religiosidad), sostenido por una vigorosa estructura urbana, base común sobre la que se asienta una economía de tipo agropecuario y comercial, tendrá, no obstante, su talón de Aquiles —fatal, como veremos, en el momento de enfrentarse con Estados mediterráneos expansionistas— en la

(*) Doctor en Historia, Universidad de Valencia.

atomización política. Ciertamente, estamos muy lejos de conocer los detalles de su organización institucional —p. e., carecemos de testimonios directos de su organización política— y los indirectos, fruto de las menciones de griegos y romanos, son muy superficiales y secundarios. No cabe duda de que la sociedad ibérica nunca consiguió superar la forma política de ciudad-estado. Con bastante seguridad podemos afirmar que ninguna ciudad ibérica llegó a imponerse sobre las demás. A lo sumo, el fenómeno que tenemos constatado es el de agrupaciones efímeras bajo reyezuelos —los escritores grecorromanos nos mencionan la presencia de *reguli*—, pero que corresponden al momento tardío de las guerras entre romanos y cartagineses, ya en el siglo III a.C. Quizás el factor clave explicativo de estas carencias haya que buscarlo en un rasgo permanente que presenta la sociedad ibérica, a saber, su perfil marcadamente aristocrático. Como decía D. Julio Caro Baroja, «en cada ciudad había una sociedad estratificada: un núcleo aristocrático era el dirigente... y la fuerza de la aristocracia aparece siempre como superior a la de los reyes o régulos...» (*Los Pueblos de España*, p. 135).

Y no es, como hemos visto, que no conocieran las monarquías —o mejor habría que hablar de tiranías o poderes personales, que en todo el Mediterráneo sirvieron para resquebrajar el monopolio de poder de algunas familias, dando entrada a gentes de origen diverso—, sino que éstas nunca alcanzaron el grado de consolidación que las estabilizara y diera consistencia, por lo que no pasaron de mandos superiores de fugaces coaliciones militares.

Desde luego, los historiadores clásicos ya advirtieron estos aspectos, pero los consideraron, dada su peculiar antropología cultural, consecuencia de —como decía Estrabón— «su orgullo local... y su carácter versátil y complejo» (III 4, 5). En realidad, el mundo ibérico aún no había alcanzado la madurez necesaria para que se diera el paso necesario hacia Estados centralizados como estaba ocurriendo en el Mediterráneo Central y Oriental, pero no cabe duda de que con el tiempo lo habría hecho.

Como cabría esperar de este cuadro, el resultado es una gran inestabilidad del modelo social y territorial que trae como consecuencia una alta militarización de los iberos. Grandes ciudades en altozanos (como podrían ser los casos de Edeta-Liria, Saitabis-Játiva, Arse-Sagunto), sólidamente amuralladas y con una zona de influencia comarcal plagada de pequeños núcleos fortificados y de torres defensivas. Unas fuerzas militares divididas en las dos armas de su modelo social, la aristocrática y la popular, la caballería y la infantería. Los primeros, beneficiarios de la calidad de los caballos hispanos, tan ponderados por los escritores clásicos por su docilidad, resistencia y velocidad. El caballo era, como recordaba Tito Livio, el mejor regalo que se podía hacer a un ibero. Las fuentes vasculares, numismáticas, escultóricas y los restos materiales, nos permiten hacernos una idea del caballo de guerra ibérico. Sin silla de montar ni estribos, como ocurre en todo el mundo antiguo, el jinete montaba sobre una especie de manta, calzaba a veces espuelas y dominaba la monta mediante riendas, cabezada y bocado. Por los vasos de Liria podemos

saber de los extraordinarios adornos de estos caballos y sus arreos, con piezas bordadas y adornos de metal. Jinetes e infantes llevaban un armamento muy completo: lorigas cortas y escamadas, cascos de hierro o cuero (a veces con penacho, como en el famoso jinete de la Bastida de Mogente), escudos —unos circulares y pequeños (la *caetra*) y otros grandes y oblongos— y armas ofensivas de reputada fama: la jabalina (la *falarica*), que era de madera de abeto y larga punta de hierro, que se lanzaba encendida con estopa empapada en resina para que si erraba en el cuerpo del enemigo y se clavaba en el escudo, como dice Tito Livio, llenara de «pavor al enemigo y... obligaba al soldado a despojarse de sus armas y a exponerse indefenso a los golpes»; el *soliferrum*, lanza de una sola pieza de hierro y que quizás se arrojara con un propulsor; y, sobre todo, la espada (la *falcata*), tan alabada por los romanos (el *gladius hispaniensis*), de hoja curva, apta tanto para estoquear como para cortar de tajo, de una sola pieza de hierro, con puño ricamente decorado y vaina de cuero, sujeta al cinto por una correa o colgada de un tahalí. Su valor era tan grande para el guerrero, su posesión estaba tan personalizada, que en las tumbas de los iberos aparece doblada, para impedir a otros su uso.

La táctica ibérica es ampliamente conocida. Cada ciudad interviene bajo sus propios estandartes (los *signae* y *emblemae* de los que hablan los clásicos). La caballería atacaba en combates por sorpresa, profiriendo gritos de guerra, ayudando a la infantería en el avance, pero desmontando y colaborando con ella si resultaba necesario. Las batallas, tras la arremetida, acababan siendo muchas veces combates singulares. Este tipo de lucha, típicamente aristocrático, era despreciada por los romanos como impropio de un ejército regular, pero permitía acciones por sorpresa y una economía de medios que se demostraron muy eficaces ante los ejércitos regulares que empleaban cartagineses y romanos. La única solución que a éstos les quedaba era destruir las ciudades y poblados que daban el apoyo logístico a estas acciones, medidas que durante el siglo II a.C. Roma tuvo que aplicar concienzudamente para acabar con una guerra interminable (la *pirinos polemós* —la «guerra como el fuego»— de que hablara Polibio). El arrojido de estos guerreros ibéricos fue muy pronto valorado en el Mediterráneo. Desde el 480 a.C. figuran sus contingentes en las guerras sicilianas, primero a favor de los cartagineses y después en los ejércitos griegos de Siracusa. Desde el siglo IV a.C. vuelven, junto a celtas y nómadas, a integrarse en los ejércitos púnicos. El mercenariado ibérico se revelará como una sustanciosa fuente de ingresos para las poblaciones de la zona y un alivio, como recordaba García y Bellido, para las tensiones internas (es una suerte de emigración económica).

Como hemos adelantado, la situación del territorio cambió radicalmente a partir del siglo III a.C. La llegada de Amílcar Barca el 237 a Gadir y su avance hacia el Este de la Península Ibérica respondían a un plan de expansión cartaginesa para compensar las terribles amputaciones que Roma había impuesto a Cartago tras la I Guerra Púnica. La creación por Amílcar de una base en *Akra Leuké* —tradicionalmente situada en Alicante, pero sin datos de funda-

mento— demuestra el intento de contar con un centro de acción propio en el SE de la Península. Pero el fracaso de su política anexionista basada exclusivamente en acciones militares, alcanza una gran dimensión dada la talla militar de Amílcar Barca. Su muerte en una de las innumerables refriegas contra los iberos —en este caso contra los oretanos—, tras ocho años de guerra, pone en evidencia la inadecuada estrategia cartaginesa frente a la capacidad de resistencia de los iberos. Tratóse de un fracaso táctico, si hemos de creer al historiador Apiano, que nos cuenta cómo los cartagineses fueron arrollados por los iberos con bueyes uncidos a carros cargados de leña, que fueron encendidos, y despavoridos rompieron la línea cartaginesa en la batalla de *Helike* —Elche o Elche de la Sierra (Albacete)—.

Su sucesor, su yerno Asdrúbal, protagoniza un viraje espectacular. Con extraordinaria inteligencia, Asdrúbal diseña una estrategia que podemos definir, sin caer en exageraciones, de alejandrina: la política militar se concilia ahora con la política diplomática. Asdrúbal propondrá con éxito a los iberos levantinos una alianza que sitúe a su persona como un general en jefe —*strategós autokrátor*, definirán las fuentes griegas—, respetuoso de la independencia interna de los iberos, pero a los que asocia militarmente —con incorporaciones concretas a los ejércitos púnicos—. Este fenómeno de naturalización ibérica de caudillo cartaginés se completará con su matrimonio con una princesa de la zona. Y, a su vez, esta acción política se fortalecerá con otra militar: la creación de una gran base militar costera en la que se llamará *Kart Hadash, Kainé Polis* o *Cartago Nova*, la actual Cartagena. Estos espectaculares logros interiores quedarán eclipsados ante el inesperado acuerdo que se alcanzó con Roma. En efecto, en el año 226 a.C. Asdrúbal consigue del senado romano que se reconozca la zona de influencia púnica en la Península Ibérica hasta el río Ebro. El *Tratado del Ebro*, como lo define Polibio, da carta de naturaleza a un vasto territorio bajo hegemonía cartaginesa, que compensaba la pérdida del primer imperio púnico. La zona levantina ahora ya es cartaginesa.

La muerte de Asdrúbal y su sucesión en Aníbal marcan de nuevo un giro en la política cartaginesa que tendrá grandes repercusiones para la zona. Del concepto de hegemonía asdrubálica se pasará al anibálico de anexión. Durante dos años Aníbal fortalecerá su ejército mediante campañas por la conquista de esta ciudad, quizás el *casus belli* más famoso de toda la historia (posiblemente el único parecido sea el de Sarajevo de 1914), que arrastra a las grandes potencias de la época, Roma y Cartago, a un callejón sin salida por la dispar interpretación de los tratados internacionales. Para Cartago, el Tratado del Ebro es categórico en los límites. Además, la paz de la I Guerra Púnica —el Tratado de Lutacio— no establece ninguna cláusula especial para Sagunto. Roma, sin embargo, considera de rango inferior al Tratado del Ebro, y, en cambio, se acoge al principio genérico contemplado en el de Lutacio de la protección que se debe a los aliados de cada bando, que también debe ser trasladada a los aliados futuros, esto es, a los saguntinos, con los que Roma años después habría rubricado un acuerdo de garantías. Disparidad ra-

dical de criterios que conducirá, cuando Sagunto caiga en el otoño del 219, a la declaración romana de guerra a los cartagineses. Sagunto es cercada durante ocho meses en los que no recibirá auxilios y, tras protagonizar inimaginables muestras de heroísmo, sucumbirá ante el caudillo púnico. Bien es cierto que hay que subrayar que no toda la población perecerá y que la ciudad fue inmediatamente reconstruida por Aníbal para establecer en la misma una fortaleza púnica (un *Qars*).

Sobradamente conocida es de todos la gran estrategia diseñada y puesta en práctica por Aníbal en la primavera del 218: avance rápido a través de la costa hispánica y del sur de la Galia, cruce de los Alpes para evitar el encuentro con los ejércitos romanos que acudieran a su encuentro, e invasión de Italia desde la Lombardía (la *Cisalpina*). Se trataba de utilizar el factor sorpresa para colapsar la defensa romana y obligarla a pedir rápidamente la paz. Había que evitar una guerra prolongada que tan malos resultados le había dado a Cartago en el anterior conflicto (*Blitzkrieg*). No obstante, sabedor de la importancia que tenía la costa mediterránea española y de lo imprevisible de las acciones romanas, Aníbal estructuró una defensa de la misma que asegurara su control y que se iba a revelar muy bien calculada. Su hermano Asdrúbal quedaba como comandante en jefe. Al norte del Ebro, en Cataluña —una vez que Aníbal conquistó la zona en su paso hacia los Pirineos—, se dejó un ejército de 8.000 hombres acuartelado en *Kesse* (Tarragona), que interiormente contaba con el apoyo de los ilergetes. Al sur del Ebro, el *Qars* de Sagunto, transformado en un bastión púnico, a cuyo frente estaba Bostar con una fuerte guarnición. A retaguardia, Asdrúbal en Cartago Nova, con un ejército de 10.000 infantes, 1.000 jinetes y 30 barcos.

El error de Aníbal, que se revelaba necesario en una operación calculada contra reloj, pero que resultó gravísimo al prolongarse el conflicto, estuvo en desentenderse de Ampurias. Roma, dispuesta a abrir un segundo frente que aliviara como fuera la presión cartaginesa en Italia, utilizó el emplazamiento de su aliada *Massalia* (Marsella) para crear una cabeza de puente desde la que desarrollar su estrategia de diversión. Desde el 217 los romanos ya estaban operando desde Ampurias con éxito. El ejército de Magón fue destruido y el cónsul Publio Escipión y su legado, su hermano Cayo, pudieron desde Tarraco mantener una presión constante hacia el frente establecido sólidamente en el Ebro. Los intentos de Asdrúbal de desalojarlos de sus posiciones fueron, pese a su superioridad de medios, un fracaso. Aún más, la audacia romana, con continuas expediciones al sur del Ebro, tuvo un éxito inesperado y crucial: en el 212 Sagunto era recuperada por los romanos y la situación para los cartagineses se tornaba, de súbito, muy preocupante. Los Escipiones se aventuraron temerariamente a una campaña de devastación sobre Andalucía. Una gran equivocación. Alejado de sus bases, sin conocer el terreno, el ejército romano fue casi completamente destruido y sus jefes muertos. Sin embargo, Asdrúbal no atacó Sagunto ni rebasó el Ebro. Sorprendentemente, el éxito no fue explotado. Parecía que los Barca tenían un defecto de familia, el mismo que

Maharbal achacó a Aníbal tras Cannas: «Aníbal, tú sabrás ganar batallas, pero no sabes aprovecharlas».

Cuando en el 209 llegó a la Península el joven Escipión, hijo y sobrino de los anteriores comandantes, trajo consigo un cambio radical de estrategia. El dominio romano de Cataluña y del norte de la Comunidad Valenciana le daban una plataforma excelente para intentar una empresa que hasta el momento nadie había considerado como viable: la conquista de Carthago Nova. Hasta tal punto era esto cierto, que los ejércitos cartagineses estaban desperdigados por la Península, confiados en su superioridad y en poseer la iniciativa estratégica. Escipión, pese a su juventud, sabía muy bien que los muros no defienden a los hombres, sino éstos son quienes defienden los muros, y que la sorpresa es fundamental para obtener el éxito. Así que decidió caer sobre la ciudad en una acción combinada marítimo-terrestre y tomarla al asalto. La acción se desarrolló según los planes y la ciudad pasó a manos de Escipión ante la estupefacción de propios y extraños. Las consecuencias fueron enormes: un inmenso botín y, lo que era más importante, el control de un puerto decisivo para Cartago. La respuesta de los indígenas ibéricos no se hizo esperar. Todas las gentes al norte del Segura se pasaron a Roma. El caso más señalado fue el de Edecón, régulo de los edetanos que se transformó de la noche a la mañana en un cliente de Escipión, agradecido por la liberación de su familia que estaba como rehén de los púnicos en Carthago Nova. Escipión será proclamado rey por los iberos aprovechando la oportunidad que les depararán las dos victorias que, poco después, aniquilen definitivamente la presencia púnica en Hispania: *Baecula* en el 208 e *Ilipa* en el 206. Cartago ha perdido la guerra en Hispania y el final de la guerra mundial está próximo.

De ahora en adelante la situación en el levante español se vuelve confusa. Sabemos por Livio que Escipión dejó un campamento legionario a orillas del Sucrón, el Júcar. Tropas que se amotinaron y que el general en jefe tuvo que castigar con el ajusticiamiento de sus cabecillas. ¿Qué objetivos tenía este campamento? No lo sabemos. ¿Una salvaguardia ante los cartagineses, que podían intentar una acción desesperada sobre el golfo de Valencia, quizás desde Ibiza? ¿Un punto de control sobre los edetanos? ¿Las dos cosas? Lo cierto es que de su existencia no tenemos ya ningún rastro posterior, desconociendo hasta cuándo pervivió.

Cuando Roma, en el 197, decide la anexión por vía de provincialización de Hispania, está bien constatado el levantamiento de los indígenas en el Sur y NE de la Península, pero no resulta claro en Levante. La existencia de una ciudad absolutamente leal como Sagunto y los pactos con los edetanos hacen poco creíble un apoyo a la insurrección. La zona era una «*terra pacata*» (tierra pacificada) con la que Roma tenía vínculos muy especiales a través de Escipión.

La evolución ulterior del territorio, durante sesenta años, es desconocida, hasta la fundación de *Valentia* en el 138 a.C. Una fundación no exenta de problemas. ¿Participan lusitanos, como parece dar a entender Livio? ¿Exclusiva-

mente itálicos, como darían a entender las monedas? ¿Es desde el principio una colonia? ¿De derecho latino o de derecho romano? Demasiados interrogantes que han sido y son objeto de las más encontradas opiniones. De hecho, el territorio, alejado de los frentes de avance romano, vive una etapa oscura de la que saldrá repentinamente en el año 76 a.C.

Hace ya muchos años que el profesor Schulten destacó la transcendencia que tuvo para Hispania la acción personal de Sertorio. Partidario de Mario y de los reformistas romanos, la victoria del senatorial Sila le obligará a buscar refugio en la Península Ibérica y a organizar en ella un reducto de resistencia que le permitiera actuar, en su momento, contra los conservadores de Roma. La gran cantidad de itálicos que había en Hispania, y también los indígenas, apoyarán entusiasmados su proyecto. Todo el litoral Mediterráneo, menos Andalucía, secundará su causa, obligando al gobierno central a enviar refuerzos y a comprometer a sus mejores generales, Metelo y, sobre todo, el joven Pompeyo. Valencia, Sagunto, Liria y el Júcar serán campos de batalla entre el 76 y el 75, en donde el genio militar de Sertorio tendrá oportunidad de demostrar su superioridad sobre el del joven Pompeyo. Es una guerra feroz, como sólo pueden ser las guerras civiles. En Valencia se han encontrado esqueletos de soldados maniatados y empalados. Sertorio organizará en Denia (*Dianium*) una base militar —Cartagena permanece bajo control de Roma— en donde dará acogida a los piratas cilicios, curiosos intermediarios en sus relaciones con Mitrídates, el soberano de Oriente, también en guerra con Roma, y con el que establece un acuerdo de mutua colaboración.

El episodio sertoriano dejará una profunda huella. Ya nada será igual después. Ha sido una guerra civil en todos los sentidos —un «*bellum plus quam civile*», como diría Lucano—, que afecta a romanos y extranjeros. Desde ahora se abre una profunda herida que hasta Augusto no se cerrará. Ciudades como Sagunto o *Edeta* (Liria) han apoyado a Pompeyo; las demás, a Sertorio. Cuando algunos años después se reavive el conflicto en Hispania entre los hijos de Pompeyo y César, la vieja división se reproducirá. Poco antes del choque de Munda, los estandartes saguntinos son capturados por tropas cesarianas. Incluso, una vez muerto el dictador, el más joven de los hijos de Pompeyo, Sexto, que se había refugiado en el corazón de la Península, dará un golpe de mano y se adueñará de Cartagena, de donde sólo puede ser desalojado a cambio de entregarle Sicilia.

Con el gobierno de Augusto, el creador del Imperio Romano, se abre una época de restablecimiento, de *pax augustea*, *pax romana*: fundación de ciudades romanas, auge comercial, desarrollo de las artes. El territorio levantino, adscrito a la nueva provincia Citerior Tarraconense, queda fuera de las zonas militares del Imperio una vez que la región galaica, cántabra y astur han sido conquistadas por el Emperador. Eso sí, curiosamente los veteranos de sus legiones serán en algunos casos recompensados acudiendo a colonizar las orillas del Mediterráneo español. Elche (*Ilici*) es un claro ejemplo de estas fundaciones coloniales —legionarios de dos legiones asentados por Estatilio

Tauro, junto a Agripa, uno de los dos grandes jefes del estado mayor imperial— y, quizás, *Valentia* también recibió en estos años un segundo aporte de militares.

Durante los siglos I y II d.C. esta situación de apogeo y tranquilidad —el *saeculum aureum*— cambia poco. A nivel organizativo la única estructura militar conocida es la llamada Prefectura de la Costa Tarraconense (*Praefectura orae maritimae Tarraconensis*), que debía tratarse de una flotilla con base en *Tarraco* (Tarragona) y que tenía el cometido de controlar el litoral provincial, esto es, entre los Pirineos y Cartagena. No está claro si sus funciones eran exclusivamente militares o, como parece más lógico, también fiscales, para supervisar la actividad marítimo-comercial en toda la costa.

No debe, sin embargo, pensarse que se produce una desvinculación de los habitantes del territorio con las actividades militares. Aparecen varias menciones de soldados en sus ciudades, prueba de su participación en las legiones que garantizaban la defensa de las fronteras imperiales y que, licenciados, volvían cargados de honores a las ciudades donde habían nacido. Pero también conocemos casos de senadores y caballeros que por su rango debían *cumplir como oficiales en el servicio de armas*. Probablemente los ejemplos más famosos se den en *Edeta* (Liria). Allí sobresale especialmente Marco Cornelio Nigrino Curiacio Materno, cónsul, tribuno militar de la Legión XIV, legado de la Legión VIII, gobernador en Aquitania y en Mesia, donde se distinguió en las guerras danubianas contra los dacios, siendo varias veces condecorado. Acabó su carrera como gobernador de Siria y general en jefe de los ejércitos de Oriente. Tal fue su importancia que hay fundadas sospechas de que aspirara a la corona imperial en competencia con otro hispano, Trajano. Asimismo, en Liria, conocemos a Cornelio Pótito, que será centurión primipilo durante las guerras mauritanas (*bellum Mauricum*). A su vez, tenemos constancia de ilustres militares en *Valentia*, en *Dianium* o en *Saguntum*. Aquí mismo, por ejemplo, tenemos constancia de la presencia de varios tribunos militares saguntinos: Antonio Númida, Cornelio Restituto o Fulvio Lesón.

A finales del siglo II d.C., la situación en Hispania se complica. La dinastía imperial de los emperadores ilustrados, los Antoninos, cae. Y los ejércitos de Oriente, del Danubio, del Rin y los pretorianos de Italia nombran a sus respectivos emperadores. La guerra civil resulta inevitable. Los ejércitos del emperador triunfante, Septimio Severo, invaden la Península Ibérica y someten por la fuerza al gobernador de la Tarraconense. Aunque no tenemos datos, la represión debió de ser importante si nos atenemos a las medidas tomadas en otras partes y la superabundancia de inscripciones dedicadas a la nueva dinastía, que hacen sospechar ser unos apresurados intentos de los habitantes de la zona por ganarse los favores del rencoroso emperador.

Cuando cuarenta años después, a partir del 235 d.C., la dinastía desaparece, la crisis en todo el Imperio se hará endémica. Por primera vez podemos hablar con seguridad de la presencia de fuerzas militares en el territorio. Aunque resulta discutible la existencia de un destacamento (*vexillatio*) en Sagun-

to, es seguro el acuartelamiento de una tropa en la zona del Montgó, junto a Denia. No sabemos si tenía carácter permanente, pero parece más bien que fue trasladada para defender la costa levantina de los ataques de la flota italiana, sublevada contra el emperador y que podían intentar acciones de represalia contra Hispania.

Mas el punto culminante de la crisis aún estaba por llegar. Una avalancha de pueblos bárbaros como hasta entonces nunca se había conocido, asaltó las fronteras europeas. El ejército, dividido por luchas intestinas, fue incapaz de contener aquel alud. Italia, la Galia e Hispania se vieron invadidas. Aunque es segura su presencia al norte del Ebro —Tarragona, según nos cuenta Orosio, fue atacada—, una estancia de doce años, según nos dicen las fuentes escritas, tendría, cuanto menos, repercusiones indirectas. Pero, aún es más, hay evidencias arqueológicas de destrucciones en Sagunto, Valencia y Elche, que sin ser determinantes bien pudieran guardar relación directa con estos hechos. El amurallamiento es otro fenómeno militar asociado a estas situaciones. Nunca dejaron las ciudades romanas de estar amuralladas, pero ahora tuvieron que revisar las defensas y adaptarlas a los nuevos tiempos (el fenómeno está bien constatado en Barcelona). La defensa de cada ciudad quedó al cuidado de sus propias milicias, según las normas urbanas establecían. Las autoridades municipales tenían facultad para reclutar a sus habitantes en condiciones de empuñar las armas. Obviamente los más capaces eran los jóvenes, estando los de la nobleza urbana, agrupados en asociaciones propias (*collegia iuvenum*) que junto a su carácter religioso también servían para la instrucción militar de los futuros oficiales. Todo ello permitía a las autoridades militares contar con una reserva muy útil para las situaciones de necesidad.

A finales del siglo III d.C. la crisis había quedado superada. Los emperadores se afanaron en mejorar la maquinaria militar que tan clamorosamente había fallado ante los bárbaros. Se aumentó el número de tropas: se alcanzó —si no se rebasó— los 300.000 soldados, pero distribuidos de acuerdo a una nueva estrategia defensiva obra de Constantino. En las fronteras se dejarían las tropas peor preparadas, una simple guardia de fronteras —de ahí su nombre de *limitanei*—, mientras en Italia se concentraría una gran reserva móvil —los *comitatenses*, del *comitatus* imperial—, donde la caballería tenía una gran presencia, y que debía acudir como una gran masa de maniobra a destruir las infiltraciones del enemigo. Durante la primera mitad del siglo IV este diseño defensivo no dejó entrever sus carencias, dada la tranquilidad reinante, pero en la segunda mitad demostró su fracaso. Escasas y mal guarnecidas, las fronteras eran rebasadas con facilidad y, cuando el enemigo se desperdigaba, la capacidad de descargar un ataque eficaz quedaba anulada. El desastre balcánico de Adrianópolis demostró además que el ejército romano de finales del siglo IV, cuando conseguía enfrentarse en campo abierto a un rival numeroso, ya no era tácticamente superior, demostrando que la prioridad que se había dado a la caballería, arma en que los enemigos eran consumados maestros, a costa de la infantería, había deteriorado el verdadero nervio del ejército ro-

mano. Teodosio tuvo que reconstruir el ejército con una fuerte presencia de bárbaros, encomendando lo esencial de la defensa del Estado romano a tropas mercenarias y extranjeras, una situación que jamás Roma había puesto en práctica e iba en contra de sus mejores tradiciones. Si a ello añadimos que la situación interna estaba muy lejos de ser estable, la gravedad de la situación no puede pasar desapercibida.

Hispania, a retaguardia de las grandes fronteras del Imperio, quedó pobremente defendida, con la tradicional Legión VII, pero que al tener el status de *limitanei* se vio muy mermada en la calidad de sus tropas. Sólo las fuerzas del Norte de África, la Mauritania, adscritas al mando peninsular contarían con unidades de superior calidad. Lo fundamental en la defensa de Hispania iban a ser las ciudades, amuralladas y guarnecidas por sus propios habitantes, y, en los campos, la defensas las proporcionaban las villas fortificadas y las torres defensivas, apoyadas aquí por milicias rurales de campesinos. En casos excepcionales, los grandes propietarios estaban autorizados a llevar ejércitos rústicos para colaborar con las fuerzas regulares que eventualmente pudieran ser enviadas desde otros escenarios extrapeninsulares a puntos conflictivos. En este marco, cuando el día de Navidad del año 407 los bárbaros cruce masivamente el Rin, Hispania ha de afrontar una situación muy grave. La parte occidental del Imperio se hallaba en aquel momento sublevada contra el emperador de Roma, y los campesinos y señores enfrentados. Al llegar a los Pirineos en el 409, los bárbaros lo encuentran todo a su favor. La imagen que se ha querido dar tradicionalmente de su irrupción por la fuerza en Hispania es falsa. Su entrada estuvo enmarcada en los aspectos generales que acabamos de mencionar. Hispania estaba dominada por un usurpador, Constantino III. Éste había dejado en la Península a un general como gobernador, Geroncio, que a su vez se sublevó contra él y acordó el libre acceso de los bárbaros por los pasos pirenaicos a cambio de su ayuda en la guerra. La derrota primero de Geroncio y después de Constantino III ante el emperador Honorio en la Galia, de nada serviría con relación a los bárbaros que ya no pudieron ser expulsados de Hispania.

Los textos nos informan de que la zona levantina fue ocupada por los alanos, pero lo cierto es que el Estado romano, ayudado por los visigodos, que en calidad de federados lo socorrieron, pudo conservar su dominio. Después serían los vándalos los que se extendieron por la zona, sometiéndola a mil zozobras, hasta el 429, cuando éstos decidieron trasladarse al norte de África, embarcándose precisamente en Cartagena. Desde ese instante sólo los suevos, desde el occidente peninsular, constituyen una amenaza para Roma. Sus intentos de expandirse hacia el este de Hispania son evidentes. En el 441 su rey, Rékila, toma *Hispalis* y la provincia Cartaginense, mientras las acciones emprendidas por Roma se muestran ineficaces, siendo derrotado en el 446 el ejército, mandado por un tal Vito.

Nos acercamos a marchas forzadas hacia la agonía del Estado Romano. Aunque habían partido de la Península, la amenaza vándala pendía como una

espada de Damocles. Desde su emplazamiento norteafricano, los vándalos habían creado un poderosísimo reino al otro lado del Estrecho con el que amenazan todo el Mediterráneo Occidental. La fachada costera hispánica está seriamente amenazada por este dominio, especialmente grave si tenemos en cuenta que controlaba las Islas Baleares. Quizás guarde relación con esta situación la existencia de un fortín romano localizado en el castillo de Cullera, en donde se han encontrado monedas de los vándalos. Y, precisamente, en relación con este problema costero, podemos hacer mención a un último acontecimiento castrense que con seguridad afectó al Levante español. En el 460 llegaba a *Caesaraugusta* (Zaragoza) el emperador Mayoriano. Venía con un ejército dispuesto a organizar una gran operación de desembarco en el norte de África. Para ello había mandado construir una flota que se concentraba en el golfo de *Ilici*, cerca de Cartago Nova. Pero la armada vándala consiguió sorprender la concentración naval, destruyéndola, y frustrar así el proyecto imperial. Llama la atención que nuestras fuentes hablan de que la acción vándala pudo hacerse gracias a que unos traidores (*proditores*) colaboraron con los bárbaros en el ataque.

Resulta claro con esto que el poder romano ya no contaba con la lealtad de toda la población hispanorromana (no hay que olvidar, sin embargo, la célebre frase de Filipo durante el cerco de Olinto: no hay una mula cargada de oro que no sea capaz de entrar en una ciudad cercada).

El colapso del poder romano en la zona oriental de la Península Ibérica, la única que realmente aún dominaban, estaba próximo. Privados de fuerzas militares, la autoridad imperial sólo se sustenta por el apoyo que los visigodos le prestan. En el 472 los visigodos de Eurico rompen esa ficción e intervienen militarmente tanto contra los suevos —a los que arrinconan en el Noroeste— como contra los romanos, a cuyas autoridades deponen, si es necesario por la fuerza. En el 475, un año antes de la desaparición del último emperador romano, el Imperio reconoce oficialmente el control visigótico sobre Hispania.

Concluimos. Hemos recorrido a uña de caballo todo un largo período. Abandonamos nuestro relato en el nacimiento de la Edad Media. Y queremos recoger las palabras que en aquellos instantes pronunciara San Isidoro sobre Hispania que, como término del milenio que acabamos de comentar, no se cumplieron, pero esperemos que sí sean premonitorias en el crepúsculo de nuestro propio milenio: «... Hace tiempo —decía San Isidoro en su *Laus Hispaniae*— que la áurea Roma, cabeza de las gentes, te deseó y, aunque el mismo romúleo poder, primero vencedor, te poseyó, sin embargo, al fin, la floreciente nación de los godos, después de innumerables victorias en todo el orbe, con empeño te conquistó y te amó, y hasta ahora, entre ínfulas regias y copiosísimos tesoros de imperio, te goza en *seguridad y felicidad*».